

—Sí, no sabemos nada de Orfeo, pero se ha conservado cierta inscripción china del año 1100 antes de Cristo, que describe la caza organizada por el emperador Chan.

—No sabemos nada de Venevitino, pero la tormenta que empezó el 12 de septiembre de 1939 en la latitud de la isla de Haití y se extendió hacia el norte, hasta Labrador, con una fuerte desviación al oeste, la conocemos por los diarios de 21 barcos tan minuciosamente que incluso se podría dibujar el mapa de su recorrido.

—¡Inmortalidad...! ¡Cuántas poesías han desaparecido! ¡Y cuántos comentarios han quedado...! Pero existe una inmortalidad real, la inmortalidad de las bacterias.

—La ciencia, tan dispuesta a demostrar que el árbol prohibido del paraíso era el del tabaco o, como comprobó en el año del Señor 1712 el profesor alemán Hogel (que es como decir el conde donnadie), que Dios creó el mundo en el año uno, y para ser precisos, el 26 de septiembre (!); la ciencia admite que en el principio fueron precisamente ellas.

—Las sagradas escrituras, por supuesto, dicen: *In principio erat Verbum.*

—Goethe: *En el principio era la acción.*

—Hans Bülow: *En el principio era el ritmo.*

—Spitteler: *En el principio era el sueño.*

—Valéry: *En el principio era la fábula.*

—Bergson: *En el principio era el acto de amor.*

—Julius Sowacki: *El espíritu mío antes del principio de la creación era en la Palabra y la Palabra era en Ti y yo era en la Palabra.*

—La decadencia polaca: *En el principio era el sexo.*

—D'Udine: *En el principio era el gesto.*

—Marcel Jousse: *En el principio era la astucia.*

—No sabemos nada del origen de nada, pero nos jactamos, por ejemplo, de las leyes biogenéticas.

—Nos están permitidas todas las suposiciones, nos las permite quizá alguien (¡terrible pensar!), que ya ni siquiera se ocupa ni se preocupa de este mundo, casi como Tangaroa, dios de los polinesios... ¿o bien es, como dijo cierta mujer, a la que el médico, por el rudo camino de la práctica, calificó de loca: «Dios tiene también un empleo, sólo que no sabemos cuál...»?

—Se nos permite preguntar, hemos descubierto la luciferina, fotografiamos moléculas y algunos virus y los clichés resultantes los colocamos con frecuencia por equivocación en el archivo fotográfico del cielo astral.

—Hemos descubierto en las lágrimas el veneno lacrimalina.

—Calentamos los huevos de dinosaurio y esperamos que la voz que salga al romperse el cascarón nos confirme finalmente que el mundo fue creado por la imposibilidad de seguir manteniéndolo en secreto y, por tanto, por una decisión que dio prioridad al escándalo...

—Casi todos los hospitales buenos tienen, para los pacientes muertos, una cámara mortuoria con un aparato frigorífico ¡Frigidaire!

—Todo crematorio tiene mazmorras mortuorias enfriadas con amonio o bien están acondicionadas para la llamada momificación, y es que en realidad el aire que contienen se extrae.

—Hemos perfeccionado los tanques.

—Pero la palabra *tank* en tibetano es genitivo plural y quiere decir estandarte eclesiástico.

—*Tanka* es también dinero en tibetano.

—Para los indios es cisterna.

—Para los japoneses, una de las formas líricas.

—*Tanca* en croata: delgada.

—Hemos perfeccionado los cañones antiaéreos.

—Y a sus distintas partes les hemos dado nombres terroríficos: «cuna portadora», «alma del cañón».

—Dios mío, cierto tipo de motores de explosión se llaman «Pegaso».

—¡Qué estupendos eran los chinos, que a las bombas lanzadas por los barcos de guerra ingleses les llamaban melones de agua!

—Exactamente lo contrario que las pequeñas almas sin fantasía... No hace falta que le recalque precisamente a usted que no he reconocido nunca más que un solo Imperio: el Imperio del Centro.

—Y precisamente por esto, estos japonesitos son necesariamente periféricos, o sea sobrantes calcados, y desde la periferia golosamente bizqueantes hacia todos los sitios donde haya algo que robar. Es bien conocida su actitud de rondar al acecho, tan útil para el pulido de las garras de diamante del capitalismo. Se les da bien el culto a distintas hermandades gatunas ante cuyo resplandor palidece incluso el gato Bastet, aquella divinidad egipcia, hermandades cimentadas en la mascarada de los samurais y de alguno de esos shogunes. Pero —y eso es la otra cara de la moneda— fueron predestinados a perseguirse a sí mismos: desabridos como los rábanos recalentados tres veces, se reproducen con la crispada disciplina de las chinches y de los ratones²⁰, mientras observan con angustia aquella raya de la frente, que los adivinos denominan línea *Veneris ramosa*, que señala la debilidad de los genitales *et impotentiam generandi*...

Cuando en agosto del año 1941 simulaban negociaciones de paz con América, tan hermosamente denominadas «intento de detectar el cáncer, que produce constantemente una situación delicada entre el Japón y las fuerzas que actúan en el espacio del Pacífico», prepararon ya para los Estados Unidos «una respuesta digna de la tradición de los antepasados», o sea la guerra. ¡La tradición! Pero, por supuesto, no he comparado sin ton ni son su reproducción con la de los insectos, porque existen insectos que nacen y viven de los insectos muertos. De ahí su sentido para lo decorativo... Pues que se multipliquen, que se insectifiquen, que se decoren, ¡que les siga bendiciendo su barrigudo Hotei, dios de los ricachones! Siguen siendo originales quizá ya sólo en una única cosa: durante el entierro del emperador, arrastran el coche fúnebre cinco bueyes... ¡Cinco bueyes!

Y en lo que a su muerte se refiere, hasta en eso han decidido plagiar a Europa, y precisamente en lo más repulsivo: después de la tumba del soldado desconocido, encontrar finalmente también la tumba para los soldados Conocidos.

—¡Si los pueblos reconocieran la guerra como algo repetido hasta la saciedad, como un aburrimiento, y no quisieran aburrirse! ¡Como mera convención y no quisieran ser convencionales!

²⁰ ¡Esto es algo para Shiriae Naokata!

—Pero qué no es convencional en las épocas no creativas, incesantemente falsificadas por los filósofos y estetas, racionalmente refinados que no son capaces de finura. No hace tanto tiempo que Ruskin confesó que «Nunca había podido escribir un soneto a la celidonia porque es de un amarillo vulgar y una forma imperfecta».

—¡De un amarillo vulgar!

—Como si a tal amaneramiento no se uniera el afeite de los retoques literarios, que comparan una u otra cosa al cuadro de tal o cual pintor clásico ¡o que completan el rincón de la sala con un jarro «de esmalte rosáceo a la Dubarry»! Los retoques de los literatos, que se decidieron a divertirse o a lisonjear a las archidobleputas, a los snobs, a cualquiera... Si un tal Charles James Fox afirmó que la poesía es un gran fresco para la mente humana, bien entendemos que como crítico no anhelaba lo poétique, sino la uropoétique, lo diurético. Pero qué pensar del poeta Derzavin que cantó a la zarina Catalina II porque:

La poesía le resultaba agradable
y dulce, útil, apetitosa
como una sabrosa limonada en verano...

del mismo Derzavin, al cual, por lo demás, la misma Catalina-lista dedicó una tabaquera con su propio retrato ¡«en señal de reconocimiento»!

—¡Ay!, y como si le dieran la vuelta a todo esto, por una especie de deseo enloquecido y de ser consecuente, y por tanto por miedo a una vida tenebrosa e insegura, otros poetas se lanzaron del orfismo al polimorfismo, al polimorfismo de las cosas, que aunque cristalinas son infecundas, estériles por sentimentalmente congeladas.

—Y yo que utilicé hace tiempo fórmulas de encantamiento congeladoras... Glacialista. Pero comprendo hoy que puede tratarse de un peldaño gastado, del dedal de la madre o de la tumba; que te arrastrarán, desde las montañas del idioma, hasta el habla trágica de quién sabe qué vallecito...

—El Fausto de Marlowe, casi omnipotente, después de todas las maravillas y delicias, rechaza los caminos aéreos, no quiere ir ya ni siquiera a caballo y desea ir a pie por un trozo de «claro y ameno verdor».

—Lo cual...

—¡Por supuesto que no...! ¡Versus-verso quiere decir también versus-contras! Las cosas de la poesía son como las de la hierba abridora. Esta hierba, dotada del poder mágico de descubrir lo milagroso, no conoce más que obstáculos. Mientras (como creía la gente) todas las plantas fluyen agua abajo, la hierba abridora fluye contra corriente.

* * *

Mientras reflexionábamos así y nos negábamos a ver el arte sólo como una especie de envés de la conciencia del telón o la piedra en el último momento de la estatua, oímos encima de nosotros el paso de los pájaros que se inscribían con tiza negra en la amarga autodestrucción de la noche otoñal.

* * *